

del Pretorio, de los soldados romanos, de Caifás y de Barrabás, de las afrentas y escarnios y heridas del Salvador, por quien pasaba gustoso todas aquellas aflicciones, remedo y copia de su divina Pasion.

No pararon aquí sus aventuras. De manos de los soldados españoles pasó á manos de los soldados franceses; y despues de haber caido en cuerpo de guardia nuestro, cayó en cuerpo de guardia enemigo. Mucho receló de que los soldados de Francisco I quebraran con él como habian quebrado los de Cárlos V. Encontrábase frente á ellos, y no por la primera vez, pues habia con pujanza combatídoslos y contrastádoslos en cumplimiento de sus militares deberes. Al verse, pues, en presencia de otro capitan y enemigo, temió mayores males. Pero desmintióse allí su nefasta estrella, porque lo recibió con mucha cortesía el capitan, dándole de cenar, que bien lo necesitaba, quien iba, como ayuno, completamente desmayado. Ido de Lombardía y el Milanesado á Génova, encontró allí á su paisano Rodrigo Portuondo, almirante de nuestras escuadras y antiguo gentil hombre de los Reyes Católicos, su compañero en la corte y en las armas. Amparóle, pues, su buena ventura, y la casualidad le favoreció en esta ocasion, como en tantas otras le desfavoreciera y agraviara. Dió Portuondo la órden de que lo embarcasen y trasportasen á Barcelona en nave de la marina real, aparejada para España, y zarpó de Génova, llegando al término de su navegacion peligrosa en el mismo lugar, donde la habia comenzado, no sin correr peligros de afrontar nuevas zozobras y de caer en manos de corsarios y piratas.

CAPITULO X

ESTUDIOS DE IGNACIO EN BARCELONA, ALCALÁ Y SALAMANCA. AVENTURAS DE SU VIDA
ESTUDIANTE

La negativa de los franciscanos á retener la persona de Ignacio en su convento y guardarlo para la oracion y para la penitencia en Tierra Santa, cambió los destinos del asceta y contribuyó á otra mayor obra. Engañábase á la sazón el penitente acerca de sus facultades y aptitudes, si creia que con su natural concordaba la inerte estancia en una especie de iglesia inmensa, donde solo habia espacio á las contemplaciones místicas y á las penitencias individuales. No estaba, no, en su carácter psicológico, y en su complexion material, esta inmovilidad. Habia nacido para todos los empeños de la eficaz accion material, y necesitaba emplear la vida en estos ejercicios. Soldado, desde el vientre de su madre, necesitaba la vida militante. En Jerusalem la hubiera tenido tambien, pero fugazmente, porque á los primeros pasos de su carrera vertiginosa, hubiera combatido con los poseedores del Santo Sepulcro, y encontrado la palma del martirio. Creedlo; él hiciera en aquel peligroso sitio cualquier hazaña sugerida por su hirviente sangre y sus agitados nervios, que le llevara prontamente á la muerte. Comprendiéndolo así los encargados de velar por la seguridad general del Catolicismo y de los católicos en Jerusalem, arrojáronlo de allí, torciendo á otras direcciones el curso tempestuoso de su vida.

Llegado á Barcelona, sintió que á su edad, y en sus achaques, solamente podia consagrarse á un combate de todo en todo espiritual, y esgrimiendo como armas las ideas. El Renacimiento estaba saturado de ciencia; y él no tenia ninguna. La Reforma suscitaba todos los problemas teológicos; y

él no sabía jota de la Suma. Por no tener conocimientos de ningún género, ignoraba en su triste desnudez intelectual hasta la lengua del mundo eclesiástico, al cual quería pertenecer, ignoraba hasta la lengua latina. Y tenía ya entonces, por 1524, cuando le asaltaron estos pensamientos y fijó su vocación, tenía treinta y tres años. Empresa difícil aprender á tal edad los primeros y más sencillos rudimentos de la ilustración y de la cultura, los diptongos, las declinaciones, la lengua del misal y del breviario, para combatir con aquellos titanes de la Reforma, criados en las grandes universidades de Alemania, Francia é Italia, instruidos en las ciencias divinas y humanas, sabedores del griego y del hebreo, maestros en el arte de hablar y escribir latin, comentaristas del Evangelio y de la Biblia, teólogos de primera magnitud, pensadores extraordinarios, quienes habían removido desde los abismos del cielo hasta los abismos del pensamiento y llevado sobre sus vastas frentes las ciencias divinas y humanas de sus creadores tiempos. Luchar el pobre hidalgo de go-tera, soldado de afición, capitán de imperiales tercios, apenas leído en alguna que otra vida más ó menos falsa de santos litúrgicos y de caballeros andantes, luchar con Lutero, criado en sabio monasterio y catedrático de recién fundada universidad; con Melancton, la teología hecha hombre; con Erasmo, el representante de las humanas letras; con Calvino, el comentador de las letras divinas; ¡cuán desvariado propósito! Y sin embargo, se puso á la mitad de su vida Ignacio en el aprendizaje de las primeras letras y procedió como si tuviera la edad y el carácter de un niño.

Tomó por maestro de gramática á uno muy reputado en la ciudad, conocido por cognómen de Ardebal. Una dama principal, llamada doña Isabel Rosel, acogió á Ignacio en su casa, procurándole así el vestido como el alimento necesarios para cursar y seguir sus largos y difícilísimos estudios. Apenas puede comprenderse tal intento, que muestra cómo la virtud culminante de Loyola era la fuerza de voluntad. ¡Cuántos años necesita el hombre para obtener y allegar los rudimentos primeros de las letras! ¡Cómo allá, en la infancia feliz, aprende indeliberadamente, sin voluntad, sin conciencia, por el instinto y por la intuición, aquellas nociones difíciles de razonar, y que por los oídos entran, y sin dificultad se articulan, á manera del cántico, por las avejillas en sus nidos entonado, remedando los arpegios y gorjeos de sus

madres! Pero aprender toda esa cantidad de ideas primeras, múltiples y difíciles como el lenguaje; pero alcanzarlas como se alcanza en la niñez el lenguaje mismo, por instinto; aprender todo eso, cuando la intuición se deprime y la razón se madura, y de cada hecho queremos saber el motivo y de cada idea el fundamento y de cada sistema la explicación ó la serie; da indudablemente á las primeras letras, propinadas en los maduros años, cierto parecido con el pecho de la nodriza y la leche de la niñez, repugnantes al estómago, cuando ha digerido más fuertes y sustanciosos alimentos.

Para la voluntad de Ignacio no había obstáculos. Ni lo desabrido del trabajo, ni lo inexplicable de las primeras nociones, ni el enmarañamiento de múltiples reglas, ni la necesidad de aprender como de coro y recitar como de corrido tantas cosas inútiles y baladíes, fueron parte á detener su voluntad y contrastar sus propósitos. Nada podía espantarle á quien se arriesgaba resueltamente á todo. Pero la Naturaleza, difícil de contrariar, hacia plenamente su oficio, y le llevaba con frecuencia lejos, muy lejos del diccionario y de la gramática. Él, que había estudiado en su razón, de toda ciencia y de toda cultura y de todo saber apartado, la naturaleza humana y sus inclinaciones fundamentales, llevándola en alas de increíble inspiración á meditar sobre los mayores misterios y á poner de bulto y relieve las más abstrusas ideas, ¿cómo podía caer entonces en el trabajo de contar diptongos, conjugar verbos, adherir terminación á las declinaciones, y pasar la vida en tantas futilidades contrarias de todo en todo á sus altísimos y soberanos pensamientos?

A decir verdad, no realizó esta empresa inverosímil sin grandes y repetidos esfuerzos, que bien pudiéramos llamar heroicos y milagrosos combates. Apenas replegaba las amplias alas de sus ideas para reducirlas á cosa tan estrecha como los problemas gramaticales, surgía de suyo cualquier meditación, que le trasportaba transfigurado á las más altas cimas de lo ideal, muy lejos, por ende, muy lejos de sus prosaicos estudios. Tantos asaltos traían por necesidad á su trabajo todo género de obstáculos, impidiéndole así el aprender cosas nuevas como el conservar las aprendidas con tantas dificultades. Poníase, por ejemplo, á deletrear la primera declinación; y cuando la tenía en labios y entre dientes, aparecíansele, ó bien los problemas relativos á la gracia, ó bien los problemas relativos á la divinidad, divirtiéndole de

aquellas cosas menores y deslumbrándole con su excesivo resplandor. Así no podía ejercitar, ni la indispensable atención para conocer lo no sabido, ni la memoria para guardar y conservar lo sabido. La misma grandeza de sus ideas ahuyentaba el pobre polvillo de ciencia, que deseaba recoger y guardar en sus tenues alas para subir con mayor facilidad á mas altas y mas serenas cimas. Ignacio no estaba, no, á mal con aquellos pensamientos; lo estaba con su inoportunidad. Acostumbrado de antiguo á ver en todo, por causa de su maniqueismo profundo, la constante lucha del bien y del mal, tenia los asaltos mismos de aquellos divinos pensamientos y de aquellas abstrusas impalpables ideas por sugerencias y obras del demonio. Una reflexión pone Rivadeneira en su mente, que sirve para mostrar sus cavilosasidades, y la gran variedad y confusión de sus numerosísimos escrúpulos. Cuando iba el santo al rezo, y cogía su rosario ó escuchaba el divino sacrificio de la misa; en los ejercicios de la confesión y de la penitencia tan saludables á su ánimo; en el Sacramento mismo de la Eucaristía, que derrama la sangre de Cristo por las venas del hombre; así al pié de la sagrada mesa como ante la hostia del angélico pan, entre ceremonias de suyo divinas y sobrenaturales, no sentía, no, aquellas visitas del Espíritu; no experimentaba, no, aquellas delicias del deliquio; no veía, no, la gloria materialmente; y cuando trataba de hacerse niño para convertirse mañana en verdadero hombre, y dejar á Dios por Dios mismo, importunábanle sus altos pensamientos y le distraían y apartaban de su saludable ocupación. No es mucho, pues, que hallándose con frecuencia en tal estado exclamara, como dice su biógrafo, en las siguientes frases: «Ya te entiendo, Satanás, ya te entiendo; estos son tus ardidés y engaños, que traen apariencia de luz resplandeciente, y son oscuridad y tinieblas. Pues espera, yo te dejaré burlado.»

Como siempre que le asaltaban grandes enfermedades del alma, ocurríansele remedios bien extraños. En esta clase de angustias engendradas por el combate tristísimo empeñado entre las últimas y mas altas ideas de la mente y las primeras y mas humildes letras del alfabeto sugirióle su exaltada imaginación, metida en tantos aprietos, un bien extraño recurso, que prueba por igual así la fecundidad de su inventiva como la originalidad de sus procedimientos. Llamó á su maestro para tratar de todo aquello á

la iglesia de Santa María, tan conocida y frecuentada en Barcelona. Y como si fuera un confesor suyo echósele Ignacio á los piés, y contóle con vehemencia, en frases entrecortadas por congojas y sollozos, todas sus angustias. En su sentir, el demonio iba urdiendo en torno suyo sigilosa tela para cogerlo y captarlo, como pudiera coger y captar una mosca. El demonio le ponía delante de los ojos toda suerte de sombras para que no leyese las conjugaciones y no se industriase de ningún modo en la lengua eclesiástica. El demonio le impedía ir á las lecciones y le llamaba con repetidos reclamos á pensamientos altísimos, sugestión de su redomada perfidia y de su terrible malicia. A virtud de tal convicción prometíale no descansar en dos años hasta saber perfectamente su latín. Y conjurábale, á su vez, para que no le perdonase falta ni hiciese la vista gorda sobre ninguno de sus defectos, teniéndole por niño pequeño, necesitado, no solamente de lecciones, sino también de azotes. Así le pedía que no diera de mano á las palmetas, á las disciplinas, á los cepos, á todos los castigos, antes los empleara en él con rigor, á fin de corregirlo y escarmentarlo, como pudiera corregir y escarmentar al mas pequeño y al mas principiante de todos sus discípulos. Y en cuanto dijo estas cosas, pasáronsele todas las dudas y huyéronsele todos los escrúpulos.

Pero estaba visto que no había nacido Ignacio para las humanas letras. Aquel natural hervoroso rebelábase contra la paciencia indispensable á los trabajos literarios. Como algunos sabios le aconsejaron que leyera las obras del erudito Erasmo, dióse á su lectura. Ningún temperamento mas contradictorio con el temperamento de Loyola; Erasmo era la duda y Loyola era la fe; Erasmo la crítica y la creencia Loyola; Erasmo la finura y Loyola todo lo contrario, la brusquedad; Erasmo el tipo de la sabiduría humana y Loyola el tipo de la ignorancia militar é hidalga; Erasmo el ingenio agudo y Loyola el valor y la fuerza de voluntad; Erasmo la glacial indiferencia por las ideas y Loyola el fanatismo y la superstición; de consiguiente no podían, no, entenderse aquellos dos hombres, de los cuales el uno había iniciado revolución radical en la que luego no quiso tener parte, y el otro reacción violenta y firme y tenaz á la que consagró toda su existencia, su voluntad, su pensamiento, sus fuerzas, los sentidos de su cuerpo, las potencias de su alma,